ballos para ir á un desafío no era cómoda ni oportuna, y probablemente no la emplearia nunca un príncipe de nacimiento, pero Héctor, que era príncipe de nuevo cuño, tenia con frecuencia estas excentricidades á pesar de los consejos de su padre adoptivo.

El segundo carruaje era un landó que habia alquilado Marcelo la víspera.

En él iba el ex-teniente con sus dos testigos y un cirujano militar que estaba de paso en Paris, y que habia encontrado la víspera en el café de Helder.

Macelo estaba un poco pálido.

No tenemos necesidad de decir que esta palidez no provenia de inquietud ni de emocion, sino de cansancio.

La noche anterior la habia pasado escribiendo una interminable carta, que debia entregarse á Lazarine en el caso de sucederle alguna desgracia, y en redactar su testamento.

En éste legaba toda su fortuna á Raoul de la Tour du Roy, hijo de la marquesa y suyo.

Los carruajes habian subido la cuesta lentamente.

Al llegar á la meseta de Montretout, apresuraron el paso, atravesando á trote largo los bosques de Villeneuve-l'Etang, cuyos pintorescos jardines están hoy abandonados, siguiendo despues por la parte mas alta de Ville d'Avray.

En el momento de llegar á las últimas casas del pueblecito, Héctor manejó con suma destreza hácia la izquierda, metiendo el coche por un camino estrecho é inclinado que llaman la calle del lago.

El landó seguia al *mail-coach.*

Los dos carruajes torcieron nuevamente á la derecha y se pararon.

Habian llegado al terreno.

LV

Un coche de alquiler sin caballo y con las varas subidas estaba en el patio del restaurant.

Este coche habia conducido á Julio Leroux, que no se atrevia á desagradar á Lazarine, y que, por otra parte, sentia tambien curiosidad por aquel duelo que se iba á realizar entre los dos enamorados de su hija.

El banquero no profesaba mucha simpatía á Begourde, á pesar de la aureola de sus millones, y en cambio se interesaba por Marcelo tanto como podia permitirle su exagerado egoismo.

Hacia un cuarto de hora que habia llegado Julio Leroux, instalándose en un reducido gabinete del piso superior del restaurant.

Este gabinete tenia mucha semejanza con los kioskos que, llenos de cristales, suelen poner algunas gentes como remate á sus casas.

Desde allí se dominaba un paisaje encantador, aunque muy reducido, alcanzando la vista hasta el otro lado del lago.

El mejor de los padres se habia levantado mucho mas temprano de lo que tenia de costumbre; y ya fuese por el ejercicio ó por el aire puro que respiraba, sintió apetito y se decidió á almorzar opíparamente, á pesar de lo desusado de la hora, pidiendo que le sirviesen unas chuletas con patatas, un pollo fiambre, una buena loncha de jamon y una ensalada de judias verdes.

A esto debia acompañar una botella de vino de Chablis y otra de Pomard para completar aquel almuerzo, que, si no era escogido, era al menos suculento.

El *mail-coach* del principe y el landó de Marcelo se habian parado junto al césped, que, cortado, formaba hermosos caminos que conducian al lago.

Los dos carruajes estaban casi debajo de Julio Leroux, que para verlos no tenia necesidad mas que de asomarse á la ventana y separar las hojas de parra que la rodeaban.

El sitio á que nos referimos está muy poco concurrido durante la semana, y mas especialmente por la mañana, sin que nadie, excepto los criados del restaurant, reparasen en aquel carruaje de cuatro caballos ni en el landó.

Ambos grupos se encontraban á veinticinco ó treinta pasos de distancia, y se pusieron en marcha.

Como los testigos de Héctor habian sido los que habian designado el terreno, marchaba éste acompañado del vizconde de Cussy y del baron Couraud.

Tomaron por la izquierda, marchando por la arenosa calzada que está situada entre el lago y una propiedad particular, siguiendo hasta un punto que parecia el fondo de aquel panorama, torciendo despues á la derecha por el camino de travesia, que está sembrado de grupos de árboles.

Precisamente enfrente del sitio en que estaba colocado Julio Leroux fué donde se paró el primer grupo, al que se agregó en seguida Marcelo Laugier y sus testigos.

—Ya veis, señores—dijo el vizconde sonriendo,—que está bien escogido el sitio; un hermoso terreno cercado, en que no hay polvo ni barro, y con bastante frondosidad para que no moleste el sol. Creo, salvo mejor parecer, que se buscaria por mucho tiempo sin encontrar otro de mejores condiciones.

Como es consiguiente, nadie fué de parecer contrario.

Se sacaron las espadas á la suerte, arrojando al aire una moneda de veinte francos, y la suerte fué favorable á Marcelo, decidiendo que se utilizarian las que él habia llevado.

Héctor hizo un gesto de indiferencia, manifestando en su semblante una tranquilidad completa, que nadie hubiese creido que era la primera vez que iba en su vida á batirse.

Los dos adversarios se quitaron sus americanas y se pusieron en guardia á la distancia conveniente.

Eran casi de la misma edad y venian á tener igual estatura, siendo ambos bastante hermosos, aunque de tipo diferente.

El rostro de Marcelo era mas bien un poco delgado, y sus formas eran esbeltas y nerviosas, pero de correccion perfecta, y denunciando una fuerza excepcional y una energia á toda prueba.

Héctor era tambien un buen modelo, aunque

de formas menos pronunciadas, puesto que sus líneas eran mas redondas y mas graciosas; el conjunto era mas femenino, ó mejor dicho, menos varonil.

El aspecto de ambos era tambien muy diferente.

Marcelo estaba sério, casi sombrio, como el hombre que sin causa fundada vá quizá á matar ó morir.

El príncipe se sonreía como si se tratase de un asunto agradable.

Los dos adversarios tenian una calma completa, y la sangre fria del uno podia luchar con la severa impaciencia del otro.

Despues de cinco ó seis segundos de completa inmovilidad, que los habia convertido en una especie de estátuas de vivientes ojos, y durante los cuales se estuvieron espiando, dieron un paso adelante simultáneamente y cruzaron los aceros.

La manera sencilla, y en cierto modo automática, con que se realizó este movimiento, como si hubieran estado en una sala de armas con la careta puesta y manejando inofensivos floretes, demostraba que ambos combatientes tenian un valor nada comun, que prometía un combate reñido.

Julio Leroux, en su observatorio, dejaba enfriar las chuletas.

Habia sacado unos gemelos de gran alcance dirigiéndolos hácia los adversario, á los cuales miraba con la misma emocion que pudiera hacerlo en el teatro.

Marcelo Laugier era lo que se llama un buen tirador de segunda fuerza.

El manejo que tenia aprendido de un antiguo maestro de armas era bastante peligroso, aun para adversarios que le superáran en fuerza. Tres duelos en que habia vencido, lo probaban evidentemente.

Tenia la mano baja y el brazo bastante suelto. Su muñeca era delgada, flexible y resistente á la vez, y su mirada fija y penetrante debia desconcertar á un novicio.

Aunque Héctor lo era mucho, hacia honor á su maestro.

Siempre alegre y sonriendo, aparecia completamente tranquilo esperando el ataque sin descubrir su juego, tan pronto en la parada como en la respuesta.

Empezó el combate.

Marcelo queria castigar severamente al príncipe, cuya absurda provocacion le habia irritado, y empleó desde el principio todos los recursos que le suministraba su buena táctica y su costumbre en el manejo de las armas sin conseguir tocar á Héctor.

El sistema de este último era mny sencillo.

Queriendo, si no matar al ex-teniente, herirle al menos de una manera bastante grave para desembarazar á Lazarine de sus tenaces persecuciones, trataba de fatigarle y esperar una ocasion de tocarle con seguridad.

Aprovechando las lecciones que habia recibido, con un valor digno del mayor encomio se cubria con su espada como con un escudo, parando ventajosamente los ataques mas vigorosos.

Marcelo se admiraba de aquella resistencia pasiva, viendo detras de esto un lazo, y se animaba irritándose poco á poco, hasta ponerse completamente nervioso.

Empezaban á colorearse sus pálidas mejillas, y por su frente rodaba ya alguna gota de sudor; su respiracion se hacia fatigosa y manifestaba la agitacion de su pecho.

Se obstinaba sin conseguir resultado, y á medida que aumentaba su cólera sobrevenia el cansancio.

Héctor, con la misma tranquilidad que tenia cuando empezaron, continuaba en sus paradas, sonriendo.

En la situacion de ánimo en que estaba Marcelo le pareció una nueva provocacion aquella continua sonrisa, y llegó á exasperarse.

Redobló sus esfuerzos, pareciéndole ya muy poco una simple herida para vengarse.

Su espada revoloteaba en derredor de Héctor como un fuego fátuo, queriendo buscar un camino para ir derecho al pecho del enemigo.

Aturdido Héctor la centésima parte de un segundo, llegó tarde en la parada; y recibiendo de Marcelo una herida en el brazo de algunos centímetros que no tenia profundidad, hizo brotar la sangre que tiñó su camisa.

Inmediatamente intervinieron los testigos cumpliendo con su deber, y se interrumpió el combate.

El cirujano sondeó la herida, y dijo que el arma no habia penetrado y que solo habia desgarrado la superficie de la carne.

—El honor está satisfecho—dijeron los testigos,—ha corrido sangre, y debe terminar el asunto.

Marcelo por su parte habria convenido en ello, aunque no de muy buena gana; pero Héctor, cuyos motivos conocemos, sostuvo que un duelo que se terminara por un simple arañazo sería una mistificacion, é insistió en seguir adelante.

Los testigos cedieron bien á pesar suyo.

Cogieron nuevamente las espadas.

A la vista de su sangre experimentó el príncipe la impresion que es natural.

Se animó á su vez.

Comprendia que habria bastado muy poco

para que el arma de su contrario le atravesára el pecho en lugar de herirle en el brazo.

Rico y feliz porque se creia amado no queria morir tan pronto, y renunció á su defensa pasiva, tomando el partido de atacar.

Hacia unos ocho dias que su hábil maestro le habia enseñado un golpe bastante raro y poco conocido, que trató de realizar fingiendo un atrevido ataque por debajo, y doblando las rodillas erguirse bajo la guardia de Marcelo, cuya espada debia tocarle en la espalda.

Pero el arma de éste se habia bajado, y el príncipe, impulsado por la misma violencia de su movimiento, se atravesó de parte á parte.

La espada de su contrario le habia entrado en el pecho cerca de la clavícula derecha, saliéndole por la espalda.

Héctor dió un profundo suspiro, dejó caer su arma, y vaciló con los brazos abiertos.

Habria caido al suelo si no hubiera sido por la pronta ayuda que le prestaron el vizconde y el baron.

—Señores—dijo el amante de Lazarine con una expresion de profunda tristeza y mirando su espada ensangrentada,—en el alma he sentido ese desgraciado golpe.... yo era el provocado, y sin embargo, bien sabe Dios que no deseaba la muerte del príncipe de Castel-Vi-

vant. Me hareis la justicia de conceder que he obrado como hombre de honor.

Los testigos de ambos adversarios se inclinaron en señal de asentimiento.

Extendieron sobre el césped el cuerpo de su amigo, arrimándole junto al tronco de un árbol. Lívido, desmayado y con los ojos cerrados, apenas respiraba Héctor.

A cada nueva aspiracion aparecia una espuma sanguinolenta en sus labios.

El cirujano militar rompió de nuevo la camisa, y examinó detenidamente la herida, moviendo la cabeza con un aire que no significaba nada bueno.

—¿Qué hay?—preguntó Marcelo con una ansiedad tal que causaba lástima.

—O mucho me engaño—contestó el médico, —ó este jóven está perdido, y creo desgraciadamente que no me engaño.

LVI

—¡Perdido!—repitió Marcelo aterrado.—¡Como! ¿no hay ninguna esperanza?

—Mucho lo temo—respondió el cirujano.

—Pero tratareis siquiera de luchar contra la muerte.....

—Voy á hacerle una sangria, que quizá le desahogue el pulmon; no se puede hacer otra cosa, y esto voy á hacerlo únicamente para descargar mi conciencia, sin esperar nada decisivo.

El cirujano vendó el brazo y rompió la vena.

Al principio salió la sangre gota á gota, trazándo un círculo color de púrpura sobre aquella blanca piel.